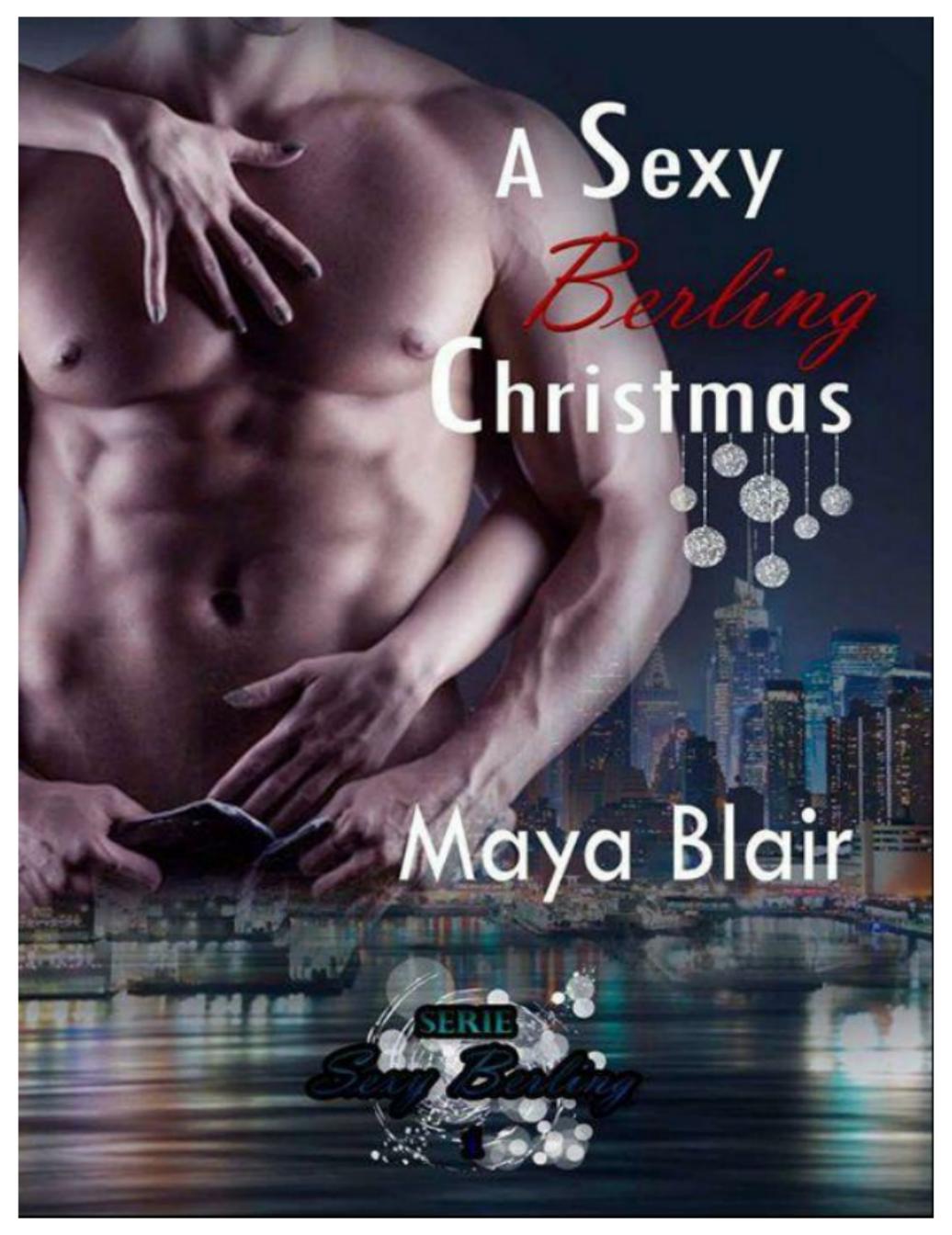


A Sexy
Berling
Christmas

Maya Blair

SERIE
Sexy Berlin
1



A Sexy
Berling
Christmas

Maya Blair

SERIE
Sexy Berling
1

A Sexy Berling Christmas

(Serie Sexy Berling 1)



Maya Blair

A Sexy Berling Christmas (Sexy Berling 1)

© Edición 2013

© Maya Blair

Portada: © Artem Furman – Fotolia

© rabbit75_fot – Fotolia

Diseño y maquetación: KD

Quedan totalmente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

Dee Vargas es una luchadora nata, copropietaria de *Candilejas* y una de las mejores organizadoras de eventos de Manhattan.

Gabriel Berling es el soltero más codiciado del país. Amado y odiado a partes iguales, su nombre es sinónimo de dinero, poder e influencias. Ellos sueñan con ser como él, ellas lo desean en su cama...

Cuando Dee recibe el encargo de organizar la gran fiesta de navidad de Berling, sabe que está ante la consagración definitiva de *Candilejas*. Y no sólo eso, al fin conocerá en carne y hueso a una de las personas que más admira, al hombre que la tiene terriblemente fascinada. Pero con lo que no cuenta es con que su cliente intentará seducirla.

En una brutal colisión entre la ética profesional y el más oscuro deseo, ¿podrá Dee resistir la tentación? ¿O se derretirá como la nieve en los brazos del sexy Gabriel Berling?

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

Capítulo 1

Hay nombres que preceden a las personas y el de Gabriel Berling es uno de ellos.

Cuando mi socio y yo recibimos el encargo de organizar la fiesta de navidad del hombre del momento, pensamos que nos había tocado la lotería. Lo que no es para menos, ya que Berling es el fundador, socio mayoritario y presidente de una multinacional muy, muy lucrativa —un verdadero imperio empresarial, en realidad—, aparte de un sujeto amado y odiado a partes iguales que siempre está en boca de todo el mundo.

No me refiero sólo a uno de los habituales de la lista de millonarios de Forbes, sino a un icono de nuestra era. Alguien que acapara día sí y día también la atención mediática y cuyo nombre se encuentra continuamente en la palestra; ya sea en programas de televisión, radio o en los continuos ríos de tinta que hace correr en las páginas de economía, sociedad... Por no hablar de los jugosos y escandalosos chismes de prensa amarilla que, en la mayoría de los casos, tienen más de

pésimo guión de telenovela que de realidad. Pero la cuestión radica en que rara es la mañana en que no desayunas con el nombre de Gabriel Berling junto con tu café y tus tostadas, lo que en estos momentos lo convierte en una mina de publicidad para *Candilejas*, nuestra ambiciosa empresa de organización de eventos.

El caso es que es bien sabido por todo el que tiene oídos en esta ciudad que la alta sociedad se lo rifa, ávida de la cobertura de medios que un personaje de estas características arrastra siempre tras de sí. La clase de atención que la *jet set* cree que se merecen ellos, sus familias y sus celebraciones varias. Y él, con su presencia, les proporciona lo que tanto anhelan. Lo que me lleva a suponer que deben de lloverle invitaciones de lo más variopintas a cada momento del día, uff. De hecho, compadezco a su secretaria o asistente. Eso de arriesgarse a morir sepultada por una montaña de pomposas tarjetitas escritas provenientes de gente snob con hambre de popularidad no debe de ser muy agradable.

¿De qué hablaba antes de desviarme con el

tema de las invitaciones? ¡Ah, sí! Berling, Berling, Berling.

De un tiempo a esta parte, empiezo a pensar que el tipo es una especie de nuevo Dios del siglo veintiuno en una sociedad necesitada de ídolos ante los cuales postrarse y a los cuales amar, envidiar u odiar por su éxito. Cuando no imitarlos en una burda copia barata, como esos bolsos *Louis Vuitton* que vienen de tapadillo desde China. Los mismos que de pasada dan el pego, sí, pero que en cuanto te acercas un poquito y los miras con detenimiento te das cuenta de que apestan a mala calidad por todas las costuras.

Resumiendo; si quieres ser alguien en esta maldita ciudad, invita al «chico de oro» a tu fiesta —aunque con cuarenta años que tiene bien podrían cambiarle el apelativo— y ten por seguro que será un éxito rotundo. Prensa, radio y televisión cubrirán su comparecencia hasta el ultimísimo detalle, serás la envidia de tu círculo de amistades y conocidos, obtendrás una avalancha de llamadas furibundas de todo aquel que osó rechazar la invitación porque cometiste el tremendo error de

no avisarles que iría Berling... Y, lo más importante, si consigues que pose contigo, verás tu rostro estampado junto al suyo en las páginas centrales de los periódicos y revistas de mayor tirada de una costa a la otra.

Por cierto, si eres una de esas niñitas monas de moral relajada, poco amor propio y gran apetencia por la popularidad, siempre puedes follártelo. ¡Para qué andarse con rodeos! A tu papaíto le saldrá más barato que el coste de una fiesta de ese calibre.

Así que, ya sabes, búscalo en el exclusivo club nocturno *Black is Back* —donde las malas lenguas dicen que se deja caer algún que otro fin de semana—, intenta acostarte con él y... en fin... Puede que con mucha, *muchísima* suerte —dado lo celoso que es de su intimidad—, termines inmortalizada en una fotografía robada por algún astuto paparazzi apostado en la puerta trasera del club. Imagen con la cual podrás presumir delante las que son tan frívolas como tú. ¡Incluso cabe la posibilidad de que te regale una chuchería como agradecimiento por el «servicio»! Si es que él es

de ese tipo, claro.

Y, ya que estamos con el tema, un poco de cotilleo insustancial; por lo que cuentan por ahí, la lista de amantes de este tipo podría competir con la de la horda de hijos que en su día tuvo Ramsés II. Incluso hay quien asegura que la quintuplica. Pero ya sabes, sólo son rumores.

Por cierto, nada de juicios prematuros acerca de mi persona por todo lo que he dicho hasta ahora, ¿vale? Quiero que conste en acta que yo no tengo nada en contra de Berling o de los sujetos como él. Así que, por favor, que nadie se lleve la impresión equivocada. En realidad los envidio, pero negaré haberlo dicho porque, en ciertos círculos de esta ciudad, está mal visto que una mujer haga según qué clase de declaraciones. ¿Mi opinión al respecto? Que son gilipollas.

Pero aquí, en *petit comité*, confieso sin tapujos que envidio la capacidad de todos estos tiburones de las finanzas para convertir en oro cada maldita cosa que tocan. Por no hablar de sus cojones a la hora de actuar sin que les importen un bledo las tiránicas convenciones bajo cuyo yugo

padecemos los demás.

¿Habéis escuchado eso de «ande yo caliente...»? Pues intenta vivir bajo ese código en esta jungla de depredadores que es Manhattan y verás lo que pasa. ¡Ja! Mucho me temo que ese es el privilegio de los que están más allá de la cima, de los pocos privilegiados que moran en la estratosfera. Los mismos que, sentados en la cúspide de sus montañas de dólares, influencias y poder, se pueden dar el lujo de actuar bajo sus propios códigos y no sufrir las consecuencias. Algo por lo que muchos matarían. Yo la primera.

Y ya que estoy desnudando mis pensamientos, también he de confesar que siento una morbosa fascinación por Gabriel Berling.

No sólo admiro su capacidad para llegar a lo más alto desde un humilde barrio de Brooklyn, sino también su sangre fría y su inteligencia, su capacidad para arriesgarse al límite y salir airoso, su brutal tenacidad... Pero sobre todo, esa envidiable clarividencia a la hora de hacer negocios de la que muy pocos gozan.

Pero no todo es cerebro en este hombre. No,

no, no. A mayores está su tremendo atractivo físico y un hermetismo que, conjugado con la potente aura de misterioso que lo rodea, provocan que esta servidora, embebida en la rumorología, no pueda evitar fantasear acerca de cómo será en realidad el ser humano que se esconde más allá de la piel del implacable hombre de negocios.

Así que ahí lo tenéis; Gabriel Berling. Para muchos, el espejo en el cual millones de personas desean reflejarse y el sinónimo de todo lo que representa el gran sueño americano. Para otros, la erótica del poder hecha carne. Para mí, el hombre al que al fin tendré el privilegio de conocer esta noche.

¿No es excitante?

Capítulo 2

—Dee, criatura hermosa.

Me encuentro inmersa en medio de la supervisión de los últimos detalles de la que será la fiesta de estas navidades, esa que acaparará las portadas y mejores páginas de todos los medios de comunicación escrita, los flashes de las cámaras, los más suculentos minutos de televisión... Y la misma que reportará a *Candilejas* —y por consiguiente a mi socio y a mí— no sólo una obscena cantidad de dólares sino también un prestigio y publicidad que no se pueden pagar con dinero. Siempre y cuando todo salga bien. Que lo hará. Mis entrañas dicen que sí y ellas nunca se equivocan. Sobre todo cuando me estoy partiendo el culo para que sea así, ya que soy tan meticulosa en mi trabajo que no permito que nada en *Candilejas* baje del nivel de «excelente». Y ese, precisamente, es nuestro sello indiscutible; la excelencia garantizada al cien por cien.

Por cierto, ¿ves ese morenazo de un metro ochenta y pico de puro infarto que se parece

terriblemente a Rodrigo Santoro? ¿El mismo que acaba de irrumpir uno de mis mejores momentos de jefa obsesionada por la perfección sin ningún pudor? Pues es Alberto Gabaldón; mi brillante socio, mejor amigo y, para desgracia de la población femenina de Manhattan, gay hasta la médula.

Le doy las instrucciones finales a Nadia, mi asistente, y me giro para recibir su masculino y cálido abrazo junto con un suave beso en los labios. Porque él es así; afectuoso y nada cohibido. Así que o te acostumbras o te acostumbras, no te queda de otra. Por suerte, a mí me chiflan sus achuchones, porque, aunque parezca mentira, debajo de esta fachada de fría mujer de negocios late un corazoncito tierno que necesita toneladas de arrumacos. Y Alberto cubre el cincuenta por ciento de la cuota la mar de gustoso, cuando no más.

Él me adora, yo lo adoro. Lástima ese pequeño detallito acerca de su sexualidad.

—Ah, por favor, déjame ponerme las gafas de sol —dice a la vez que extrae unas *Bvlgari* de

pasta negra y se las coloca con un gesto digno de una figura del *star system*—. Estás tan radiante que ciegas. ¿*Gucci*?

—Eh... sí. —Me sonrojo un poco avergonzada.

Llegados a este punto debería de aclarar que la *fashion victim* de nuestra próspera empresa es él, no yo, pero cuando recibí este encargo me inflé cual globo aerostático y... Bueno, lo admito, he pecado de soberbia con este vestido, pero me niego a organizar un evento de este calibre y no ir vestida como una diosa. Aparte de que las fiestas de Gabriel Berling requieren de una etiqueta exquisita, así que adiós plus por el *baby shower* de los Van Allen, hola *Gucci* negro de seda, escote cruzado y espalda al aire.

—Mira quién habla —replico obligándolo girar sobre sus pies para poder admirar mejor su aspecto—. Tenemos que hacernos mirar esto de ir tan conjuntados, empezamos a parecernos peligrosamente a Brangelina.

Alberto lleva un *Hugo Boss* negro, conjuntado con una impecable camisa y una

corbata ideal, que le hace parecer un *playboy* brasileño. Cosa que no es. Ni *playboy* ni brasileño, aunque sí es un seductor nato. Como su abuelo, que era costarricense, y del cual heredó ese tono de piel que te hace desear lamerlo como si fuera un caramelito, mmmm.

¿He hablado de sus ojos? Son como dos charcos de chocolate fondant. Y qué decir de su espeso, precioso cabello castaño peinado hacia atrás con un fijador de efecto mojado que le da un aire de *gentleman* que le ha granjeado más de una oferta para posar como modelo en las mejores revistas de moda.

—Dios mío, Alberto. Estás para comerte —exclamo mientras me dejo querer un poco más por mi cariñoso amigo—. Pero para la próxima esfuézzate un poco en no leerme el pensamiento, ¿quieres? Pensarán que lo hacemos adrede.

Señor... Este hombre es peor que entrar en una tienda de dulces, en serio. Si mirarlo engordara, media ciudad sería obesa. Yo incluida. Y si no me crees, deberías de echarle una miradita sin camisa. Esos abdominales no tienen nada que

envidiar a una exquisita tableta de chocolate.

—Nos sale natural —aduce a la vez que coloca mis brazos rodeando su cuello, me toma por la cintura y me hace bailar al son de un tarareado *The Way You Look Tonight*.

Es un consumado bailarín capaz de hacer creer incluso a alguien con dos pies izquierdos, como es mi caso, que es capaz de moverse por la pista con estilo. Y he de confesar que me encanta la manera en que me hace sentir cuando bailamos juntos; como si fuera la protagonista de una de esas viejas y nostálgicas películas en blanco y negro que ves una noche de invierno, arrebujada bajo una cálida manta y con una taza de humeante chocolate coronado por nubecitas en la mano.

Cierro los ojos y me deslizo por la sala como una auténtica profesional gracias a él. Entonces, cambia de tonada y comienza a canturrear *Day and Night* y en mi imaginación ya no somos Alberto y Dee, sino Fred Astaire y Ginger Rogers. Y me siento divina, etérea, fabulosa. Sólo me falta ese precioso vestido con la falda rematada en plumas para sentirme como si estuviera flotando en el

séptimo cielo.

—¡Qué celosamente has guardado tu pequeño pecado italiano! —me susurra divertido al oído después de hacerme girar entre sus brazos—. ¿También has comprado zapatos nuevos?

Mira mis pies durante un segundo y sonríe.

—Ya veo que no.

Sí, llevo mis inseparables *Manolos*, ¿qué pasa? Después de lo que me costaron, amortizarlos hasta que se conviertan en trizas es lo menos que puedo hacer.

—Parece que esta noche tendré que vigilarla muy de cerca, señorita Vargas —murmura con tono de padre estricto.

Su aroma inunda mis fosas nasales. Esa combinación de *Gaultier* y él mismo es embriagadora, intoxicante.

—Estás tan deliciosa que me veo abriéndote camino entre las nubes de moscardones, como si fuera Moisés apartando las aguas del Mar Rojo para que pueda cruzar el pueblo elegido.

Me hace girar de nuevo y tengo que reprimir una carcajada ante la imagen de mi querido amigo

cayado en mano, vestido con una burda túnica a lo Charlton Heston en *Los diez mandamientos* y con una nada atrayente barba larga y canosa cubriendo sus exóticas facciones.

—Tranquilo —le aseguro—, estarán demasiado ocupados comiéndose con los ojos a la plétora de *top models* que vendrán como hechizadas ante el reclamo de Berling.

No me cuesta mucho imaginarme al todopoderoso Gabriel tocando la flauta, cual flautista de Hamelin, mientras altísimas mujeres de talla cero y piernas interminables surgen de los rincones más insospechados de Manhattan, hipnotizadas ante la dulce melodía de seducción de ese hombre. De hecho, me entran ganas de carcajearme al visualizar la escena en mi mente. ¿Le sentarán bien las calzas y el jubón? Seguramente. A juzgar por las fotos que he visto de él, que son demasiadas, le sentaría bien hasta un maldito saco de patatas.

—Venga —musito al tiempo que interrumpo nuestro improvisado baile, atuso mi recogido de ondas al agua y tiro de su mano para llevarlo en

dirección a una de las salas de la galería en la que los miembros del catering trabajan como locos—. Todavía quedan cabos que atar. Ya sabes que todo tiene que estar...

—Perfecto —termina la frase por mí con tono burlón—. Sí, sí, lo sé. Complazcamos al Dios Berling y conquistemos la Gran Manzana de manera definitiva.

—Ese es el espíritu.

—Pero, digo yo, ¿no sería más sencillo ofrecerte como sacrificio? Mi opinión personal, si es que te interesa conocerla, es que quedarías monísima e irresistible yaciendo desnuda sobre un lecho de hojas de parra.

Le asesto un codazo en las costillas y Alberto se dobla en dos con un teatral quejido de dolor. No le he dado tan fuerte, pero no puede evitar sacar a flote su vena de actor frustrado.

—Menos hablar y más trabajar.

—Sí, *bwana*.

Suelto su mano y me alejo con pasos rápidos y firmes. O al menos lo intento. *Manolos* y velocidad no son una buena combinación. Al

menos no cuando yo soy uno de los factores a tener en cuenta en la ecuación. Los contoneos y la sensualidad los reservo para encandilar en los eventos, el resto del tiempo me limito a mi especialidad; parecer más un pato mareado que otra cosa.

Capítulo 3

Me muevo entre los invitados para controlar que todo discurre sin problemas y me siento a punto de estallar de felicidad.

Ya hemos traspasado el ecuador de la fiesta y por el momento no hay ninguna queja. Todos los comentarios que llegan a mis oídos son acerca de lo contentos que están los invitados con el catering de primerísima calidad, el servicio impecable, la perfecta y envolvente música...

«Ahora sólo queda esperar que el anfitrión piense lo mismo».

Me embebo en nuestro nuevo éxito rodeada por flashes, sonrisas, glamour, alta costura y refulgentes joyas de precios indecentes. Aunque, siendo sincera, nada parece brillar tanto como Gabriel Berling.

Lo observo con detenimiento desde el otro lado de la gran sala principal de la galería de exposiciones en la que quiso celebrar el evento. Bueno, más que querer fue una orden explícita. Era ese lugar o ninguno.

Intento no ser descarada, pero es difícil no sentirse cautivada por la presencia del hombre que resalta en medio de toda esa plétora de gente guapa, rica y poderosa como el Koh-i-noor de la corona de la Reina Isabel. Y es que Berling es... impactante. No, no. Esa no es la palabra adecuada. ¿En realidad existe alguna que sirva para calificar a un hombre como él?

«Atractivo, arrollador, elegante, fascinante, oscuramente erótico...».

Podría otorgarle los mejores adjetivos calificativos existentes en todos y cada uno de los idiomas que se hablan en este planeta, y aún así ninguno llegaría a acercarse a lo que es él. Mucho menos a lo que se siente al verlo en persona, aunque sea a metros de distancia y con un mar de gente de por medio.

Aparto la mirada del anfitrión y veo a Alberto hablando en un íntimo corrillo con un puñado de personajes la mar de interesantes. Un senador, una diseñadora de renombre mundial, el dueño del New York Times, un importante magnate de las telecomunicaciones que

últimamente anda en negocios con Berling —si nos fiamos de lo que dice la prensa— y uno de los actores de Broadway de moda, al que tachan de bisexual y al cual Alberto no quita ojo de encima.

Tengo que decir que mi amigo es un natural en lo tocante a las relaciones públicas. Vamos, que le viene de serie esa facilidad tan suya para desenvolverse como pez en el agua en cualquier situación. Da igual que esté en un rastrillo, tomando un té en Buckingham Palace o en una sala infestada de tiburones de Wall Street; él siempre sabe qué decir, qué hacer, cómo moverse, a quién acercarse. No como yo, que tuve que aprender a controlar mi tendencia innata a meter la pata a base de tesón y esfuerzo.

Rio para mis adentros al pensar que al menos uno de nosotros no se irá solo esta noche. Lástima que no sea yo.

Espero un par de minutos antes de avisar a Nadia por el diminuto intercomunicador —que parece sacado de una película de espionaje— que voy a desconectar. Sólo entonces me quito el pinganillo con un suspiro de alivio y acepto la

copa de champán *Cristal* que me ofrece uno de mis empleados con la mejor de sus sonrisas y un guiño disimulado.

—Sigue así, Brandon —le digo mientras deposito los cachivaches electrónicos en la bandeja y le devuelvo el guiño—. Lo estáis haciendo sensacional.

—Gracias, jefa. Lo mismo digo.

Bien, ha llegado el momento de beber un lento sorbo y relajarse. Creo que me lo he ganado. La fiesta discurre por su cauce a las mil maravillas, así que puedo empezar a relacionarme con la gente y disfrutar de nuestro nuevo triunfo.

Alberto me mira y alza su copa en mi dirección en un mudo brindis tras el cual vuelve la mirada hacia el joven y sexy actor. Lo conozco lo suficiente como para saber que, antes de haber enredado a ese bombón para llevárselo a la cama, ya habrá hecho su campaña de publicidad con todo pez gordo presente en la fiesta. Y, si me apuras, puede que hasta concertado alguna que otra reunión para planificar algún nuevo evento. Así que él también se ha ganado su parcela de

diversión.

Suspiro, doy media vuelta y me dirijo hacia una de las salas vacías del fondo de la galería, en cuyas paredes cuelgan un puñado de enormes fotografías en blanco y negro del talentoso y siempre genial Thomas Green.

Ya vi la exposición dos semanas antes, cuando vine a echar un vistazo al lugar para terminar de planificarlo todo sobre el terreno, pero aún así no puedo evitar volver a recrearme en la belleza plástica de sus imágenes, en el intenso erotismo que desprenden. Me embebo en los planos y las curvas, las luces y las sombras, los cuerpos retorcidos en pleno éxtasis, y me pregunto qué es lo que se siente al posar para una sesión así. Desnuda en cuerpo y alma, íntimamente entrelazada a un hombre, entregada a la pasión y mostrando tu descarnada sexualidad para que el prodigioso Green la capture de ese modo tan bello y elegante, aunque no carente de un toque tremendamente excitante que te hace desear encontrar un rincón oscuro y llevar hasta allí al primer tipo atractivo con el que te cruces para

hacer cosas muy, muy indecentes.

—Yo podría ayudarla en eso.

Me giro sobresaltada con un grito suspendido en los labios. Oh-Dios-mío... He debido de expresar mis pensamientos en voz alta, sin percatarme de ello, y la persona que me ha oído es ni más ni menos que...

—Señor Berling —balbuceo consternada. Bonita manera de conocer al hombre que me tiene medio sorbido el coco con su destreza para levantar un imperio desde cero.

Una sombra de algo que no logro identificar cruza su atractivo rostro, pero es tan fugaz que me hace dudar de que realmente haya sido real y no fruto de mi imaginación.

—Vaya, parece que no hay nadie en esta maldita ciudad que no sepa quién soy.

Quiero replicarle que difícilmente, puesto que desayunamos, comemos y cenamos con noticias acerca de lo maravilloso y poderoso que es, pero me muerdo la cara interna de la boca para evitar hacerlo. Más que nada porque no sería muy sabio pecar de impertinente con el tipo que va a

firmar el cheque que pagará todos los esfuerzos que hemos hecho para que esta condenada fiesta salga redonda. A fin de cuentas, Gabriel Berling me ha ofrecido el trampolín definitivo para eclipsar a las demás empresas organizadoras de eventos de manera definitiva ya que, con un cliente como él satisfecho, los pocos clientes potenciales que todavía se nos habían estado resistiendo caerían en breve como fichas de dominó.

Y es que no hay nada como el culo veo, culo quiero. Sobre todo cuando todo el mundo quiere imitarlo hasta en el más ridículo detalle.

Intento buscar algo inteligente que decir, pero en las distancia cortas es como mil veces más impactante y me tiene medio atolondrada.

Ahora que lo tengo tan cerca puedo apreciar mejor todos sus encantos, que no son pocos.

Debe de medir casi un metro noventa y sus hombros proclaman que posee la clase de espalda deliciosamente ancha que a mí me encanta arañar cuando estoy poseída por la locura del orgasmo. Su cabello negro, con ondas pulcramente peinadas, te hace anhelar hundir los dedos en su espesor y

deleitarte con su suavidad; sus ojos, enmarcados por unas cejas anchas, me recuerdan al cuenco tibetano repleto de ónix que tengo sobre una de las mesillas de mi apartamento. Me gusta su nariz, con esa línea arrogante de quien se sabe importante, pero me encanta muchísimo más la boca que habita debajo. Una con la clase de labios que querrías besar cada minuto del día durante el resto de tu vida.

«Vamos, Vargas, deja de poner el suelo perdido de babas, por el amor de Dios».

Añádele a todo lo que he enumerado antes una intensa aura de misterio y los andares de un felino peligroso, aparte del tipo de cuerpo parar morir por él y... En fin, ni el mismísimo David Gandy tendría nada que hacer a su lado. Y eso, sin lugar a dudas, se trata de palabras mayores.

—Espero que esté satisfecho con la fiesta, señor —acierto a decir tras habérmelo comido vergonzosamente con la mirada.

Lo veo fruncir el ceño y entrecerrar los ojos con aire dubitativo, como si por un momento no fuera capaz de ubicarme entre las miles de

carpetas repletas de archivos que pueblan el enorme fichero que debe de ser su memoria. Pero al instante el gesto es reemplazado por uno de sorpresa, uno al que sigue un lento y concienzudo escrutinio que me pone realmente nerviosa.

—Ah, usted es Vargas.

Cambio la copa de champán a la mano izquierda, esbozo una sonrisa afable y le extiendo la derecha con toda la intención de presentarme como es debido mientras pienso que, tal vez, no hubiera sido tan descabellado el guardar alguna que otra tarjeta de la empresa dentro del ceñido escote del vestido. Aunque, qué tontería, él no la necesita.

—Dee Vargas, copropietaria de...

—Sí, sí. *Candilejas*. —Me la estrecha y siento como si me acabara de propinar una descarga eléctrica de alto voltaje. ¿Se me ha puesto el vello de punta o sólo es impresión mía? —. Saltémonos la parte aburrida, señorita Vargas.

En boca de otro eso podría sonar petulante y hasta maleducado, pero cuando te lo dice Gabriel Berling con ese tono de voz grave tan

malditamente caliente y esa sonrisa rompedora iluminando su oh-tan-atractivo rostro... Te importa un comino.

—¿Y qué es lo que usted considera que es la parte interesante, señor Berling?

—Los deseos musitados a media voz cuando uno cree que nadie lo está escuchando, por ejemplo.

Es como un lobo dispuesto a saltar encima de la indefensa ovejita. Y no estoy muy segura de si me gusta ese papel. Creo que empiezo a entender lo que sienten los demás cuando él se cierne sobre sus empresas como un depredador a la espera de hincarle el diente a su nueva presa.

—¿Le gustaría posar para una sesión fotográfica como esta?

Demoro la respuesta llevándome la copa a los labios. ¿Doy una respuesta sincera o escurro el bulto?

Berling me observa beber el chispeante líquido dorado con una mirada que envía escalofríos de placer por toda mi columna vertebral y hace que mi sexo vibre. Señor... Si no

deja de hacer eso en este preciso instante, mis pechos me dejarán en evidencia de un momento para otro.

Trago con dificultad e intento mantener una fachada de serenidad mientras me giro y camino hacia la siguiente fotografía de la exposición.

—Puede —me digno responder.

Él me sigue en silencio y no necesito mirar por encima de mi hombro para saber que la parte trasera de mi anatomía está siendo sometida a una rigurosa inspección.

Siento ganas de espetarle si está satisfecho con lo que ve, pero en cambio me muerdo el labio inferior, demasiado abrumada como para replicar a su impertinencia con otra impertinencia, y me limito a suspirar.

—Antes... ¿hablaba en serio? —le pregunto con curiosidad cuando se para detrás de mí. Tan cerca que puedo sentir el calor que irradia su cuerpo contra mi espalda desnuda, así como su aliento acariciándome la coronilla.

—Siempre lo hago, Dee.

No sé qué es lo que me excita más; si el saber

que puede cumplir mi fantasía de un posado erótico o la idea de que me arrastre a un rincón oscuro e íntimo de la galería y me folle.

—Y lo de antes iba muy, muy en serio —me asegura a la vez que aproxima la boca a mi oído y baja el tono de su voz hasta volverlo íntimo e invitador.

Eso, unido al modo en que dice mi nombre, consigue que humedezca sin remedio el escueto pedacito de tela que recubre mi pubis.

Trago un gemido que me podría avergonzar para los restos y me digo a mi misma que he de mantener la calma, que tan sólo es un hombre más. Uno que, para colmo, es un cliente. Pero mi sexo no entiende otro lenguaje que el de los impulsos primarios y se convulsiona cuando él desliza un dedo con languidez por mi expuesta piel.

—¿Siempre? —Los labios me tiemblan al hablar y me odio por ello. Sé que es absurdo negar la evidencia, que él ya se ha dado cuenta del efecto que causa en mí, pero a pesar de todo lo sigo intentando.

—Siempre.

Me cuesta respirar. El aire a mi alrededor se ha vuelto pesado y extremadamente caliente y siento que cada nueva bocanada que intento llevar a los pulmones me abrasa la garganta. Incluso tengo problemas para mantenerme estable sobre los altos tacones de mis *Manolos*.

—Siempre —repite contra la expuesta columna de mi cuello.

Sus labios acarician mi nuca y se me escapa un sonido que es mitad gemido, mitad suspiro. Su dedo no deja de trazar enigmáticos patrones sobre mi carne trémula para proceder a deslizarse con una morosidad desquiciante por la línea de mi columna. Hacia abajo, todo el camino, robándome el sentido.

—Y otra cosa que deberías saber de mí, Dee —susurra antes de atrapar el lóbulo con sus dientes y tirar de él—, es que tampoco tengo reparos en expresar lo que deseo.

«No, por favor, no me desees a mí. No lo podré resistir», pienso al tiempo que me siento incapaz de huir de sus sensuales caricias.

Me gusta, me enciende como hace tiempo que

ningún hombre es capaz, pero sé que él no es para alguien como yo. Juega en una liga con la que sólo puedo soñar. Además, para colmo, es un cliente. Uno demasiado peligroso, demasiado subyugador. Y los tipos como él siempre terminan filtrándose en tu sistema y convirtiéndote en adicta a ellos. Irremisiblemente.

No puedo flaquear. Sé que me dominará, me follará, que seré su trofeo al igual que otras lo fueron antes... Y luego, cuando haya tenido suficiente de su aventura de una noche, de una semana o de un mes, me desechará como si no valiera nada e irá en pos de una nueva conquista. De carne fresca. Y yo me quiero demasiado como para ser una de las muchas muescas que ya deben de decorar la cabecera de su cama, si nos atenemos a la rumorología. Aunque he de confesar que mi innata fascinación por él está consiguiendo que me replantee mis propias normas.

A ver, que nadie me malinterprete. Me gusta el sexo casual de cuando en cuando y estaría faltando a la verdad si dijera que no he disfrutado de ese tipo de encuentros en bastantes ocasiones,

con diferentes clases de hombres. Sobre todo porque mi trabajo me absorbe tanto que me cuesta tener relaciones serias y, qué demonios, una es de carne y hueso y necesita lo que necesita. Pero algo me dice que con Gabriel Berling las reglas del juego no se ciñen al reglamento del común de los mortales, que estoy ante la clase de amante que te deja una marca imborrable. De esas que tienes que llevar contigo para siempre lo quieras o no.

—Llevo toda la noche observándote, desnudándote con la mirada. —Me quita la copa de la mano y la deposita en el banco de diseño que está a su lado—. Preguntándome a qué sabe tu coño mientras los demás hablan a mi alrededor acerca de crisis del techo de deuda, inversiones y vacaciones en Aspen.

Nunca me hubiera figurado que fuera a ser tan descarnado a la hora de expresar sus deseos. Al parecer, debajo de la elegante y siempre correcta fachada del hombre de negocios hay muchas sorpresas ocultas.

—Quiero tumbarte sobre ese jodido banco y lamerte hasta que te corras en mi boca.

Mentiría si dijera que no me excita que me cuente qué quiere hacerme y cómo quiere hacérmelo. Para colmo de males, su voz es tan caliente que sé que me pondría irremisiblemente cachonda incluso aunque estuviera recitando un aburrido informe económico ante su junta directiva.

—Quiero follarte, encanto. —El dedo que antes dibujaba mi espalda se cuela entre las mejillas de mi trasero cubierto por la seda del vestido y baja lentamente, buscando los pliegues de mi sexo por encima de la tela—. Pero la cuestión es ¿lo quieres tú?

¿Quiero? No lo sé, me siento dividida. Porque mientras mi sexo grita «sí», mi cerebro dice que ni se me ocurra, que sería la peor locura que podría cometer en la vida. Pero es que la tentación es tan grande...

—¿Lo sientes?

Aparta la mano y pega su entrepierna a mi trasero. Ay, Dios... Eso de ahí es una de las erecciones más considerables con las que he tenido el gusto de tropezarme, lo que hace todavía

más complicado el tomar una decisión acertada.

—Es por ti. —Se restriega ligeramente contra mí y tengo que morderme los labios para no gemir—. Tú eres la culpable. —Sus dedos suben y bajan por mis brazos, sensuales—. Sólo di que sí. —Su boca regresa a mi cuello y me succiona con delicadeza, haciéndome vibrar.

De repente, algo me asalta en mitad de la bruma de lujuria que me rodea; el recuerdo de una carta que Alberto y yo escribimos a Santa Claus en una servilleta una semana atrás, medio chispas por los cocteles que acabábamos de ingerir en un club de moda. En ella le pedía un memorable polvo navideño que pusiera fin a mi sequía con el hombre más sexy sobre la faz de la tierra. Pues bien, ahí estaba. Deseo concedido. ¿Y ahora qué?

«¿Serás capaz de decir que no, Vargas?».

—Dee, te vi venir hacia aquí y como no volvías pensé que...

Me separo de Berling como si quemara e intento recomponerme mientras me giro para ver a un estupefacto Alberto en la entrada de la sala.

—¿Interrumpo algo?

—¡Qué tontería! —exclamo con una sonrisa, pero el sofoco está ahí y no soy capaz de controlarlo—. Tan sólo hablábamos de lo bien que va la fiesta, ¿verdad?

Me vuelvo hacia Berling con una muda súplica reflejada en la mirada y espero con el alma pendida de un hilo lo que pueda responder.

Ante todo soy una profesional, y sé que no es correcto liarme con un cliente en su fiesta como si fuera alguna especie de putilla barata, por muy atrayente que este sea y por mucha fascinación que lleve ejerciendo sobre mí desde hace... eh... mucho tiempo. Dejémoslo ahí.

La cuestión es que nunca lo había hecho y tampoco quería sentar un precedente, por muy irresistible que fuera este cliente en particular.

—Le comentaba a la señorita Vargas lo sumamente satisfecho que estoy con el resultado.

Alberto se acerca a mí, me rodea la cintura con un brazo de manera protectora y le dedica a nuestro cliente V.I.P. su mejor sonrisa. Esa que queda tan bien de cara a la galería pero que yo sé que en realidad significa mucho más de lo que deja

entrever.

—Además, estaría interesado en hablar con ustedes acerca de... —su oscura mirada se desliza sobre mí y me siento como si me estuviera desnudando sin importarle el hecho de que haya otra persona presente— negocios.

Percibo la manera en que los dedos de mi socio y amigo se crispan en mi cintura. Oh-oh... Quiere patearle el trasero a Berling.

—Será un placer abordar el asunto... —espeto en un intento por atajar la situación.

—Pero no ahora —me corta Alberto.

Conozco también ese tono. Lo va a hacer, se va a librar de él.

—El caso es que tengo unos asuntillos que tratar con mi socia y...

Se ahorra el «si nos disculpa».

Observo a uno y a otro, el modo en que se miden con la mirada, y no sé qué esperar de todo esto. Parecen dos machos bravíos recién salidos de un documental del *Discovery Channel* y sé que debería de decir o hacer algo, pero tengo miedo a joder la situación todavía más. Me ha quedado

claro que Alberto ha visto u oído demasiado de lo que ha estado ocurriendo entre nosotros y...

Berling es el primero en mover ficha. Hace un gesto de asentimiento, me toma la mano con delicadeza para depositar en ella un beso que hace que entre en ebullición hasta la última gota de sangre de mis venas y se larga de la sala sin decir nada.

—¿Todo bien? —susurra Alberto nada más perderlo de vista mientras me estrecha en un reconfortante abrazo.

—Eso debería de preguntártelo yo a ti. ¿Se puede saber qué ha sido toda esa mierda de las miraditas retadoras?

—Dee...

—No tienes que protegerme, lo sabes.

—Sí, sí tengo que hacerlo cuando claramente el tipo parecía estar extralimitándose cont...

Niego con la cabeza sin dejarle terminar la frase. No quiero problemas entre mi socio y un cliente tan importante cuando todo está marchando estupendamente. Mucho menos por lo que Alberto creyó entender que estaba ocurriendo entre Berling

y yo.

—Sé lo que vi, Dee.

«No se extralimitaba, cabezón, sólo me seducía», quería gritarle para que dejara el asunto en paz de una maldita vez.

—No pasó nada, en serio. —Y no sé si puedo alegrarme o no de que haya sido así, tal es la batalla de voluntades en la que me encuentro inmersa.

Dios, incluso ahora sigo sintiendo como mi sexo se derrite y palpita como loco. Y todo porque lo deseo, porque mi cuerpo clama por Gabriel Berling con un ansia que asusta. No puedo negarlo. No soy capaz de hacerlo. Pero incluso el hecho mismo de admitirlo me mortifica.

—Está bien, te creo.

Reflexiono sobre lo que ha estado a punto de suceder y me doy cuenta de que si Alberto no llega a aparecer en ese preciso instante tal vez yo... y Berling...

Me echo las manos a las mejillas y las siento arder. No sé cuán sofocada debo de lucir, pero en ese momento, y a falta de una ducha de agua

helada, daría lo que fuera por un vaso repleto de cubitos de hielo para hacer desaparecer la sensación febril que invade mi cuerpo.

—¿Cómo de incorrecto sería...?

No soy capaz de terminar la frase. Mi amigo arquea las cejas al comprender lo que quiero decir y deposita un tierno beso en mi coronilla. En cierto modo, sé lo que me va a contestar, pero necesito oírse lo decir para saber que he tomado la decisión acertada.

—No se trata de que sea correcto o no, sino de lo que puede implicar. ¿Recuerdas el dicho? Donde tengas la olla no metas la...

Cierro los ojos, me abrazo a él con fuerza y oculto el rostro contra su pecho, todavía abrumada por lo que acaba de suceder. Y es que no todos los días un hombre del calibre de Berling te dice cara a cara que desea follarte allí mismo, en su propia fiesta de navidad, al lado de una enorme sala repleta de gente.

—Pero bueno —murmura Alberto en tono comprensivo—, entiendo que la tentación es la tentación y ese tipo...

—Ya.

Nos abrazamos durante un par de minutos más en silencio.

—Dos horas más, mi niña hermosa, y todo habrá terminado.

Vuelve a besarme en la coronilla y exhala un quedo suspiro contra mi cabello.

—¿Podrás resistir o te envío a casa en un taxi y me hago cargo de todo?

—No soy de cristal —protesto apartándome de él con expresión enfurruñada—. Además, tengo más profesionalidad en mi dedo meñique que diamantes hay en esa sala.

—Esa es mi Dee.

Capítulo 4

Al final la fiesta dura algo más de las dos horas pronosticadas por Alberto, así que soy yo la que termina por empujarlo al interior de un taxi para que se vaya a pasarlo bien con su reciente adquisición de Broadway mientras me hago cargo de que el servicio de limpieza termine de realizar su trabajo.

¡Lo que tiene que hacer una por los amigos!

En cuanto todo el mundo se ha largado y el lugar ha quedado impoluto, me evado de la realidad durante un rato sentada en uno de los bancos de la sala en la que están expuestas las fotografías de Green mientras observo una de mis favoritas e intento recordar cuándo fue la última vez que me sentí como la mujer de la imagen.

Suspiro y deslizo los dedos por el amplio y sugerente escote que deja al descubierto mi vestido, disfrutando en soledad de la caricia a la vez que imagino que son los dedos de Gabriel Berling y no los míos los que me rozan la piel con sutil sensualidad.

Siento la manera en que mis pezones se erizan contra la sedosa tela y pujan contra ella y tengo que frenar el impulso de acariciarlos, de darles la atención que reclaman. Sé que hay cámaras de seguridad por todos lados y no tengo la más mínima intención de proporcionar a nadie un espectáculo erótico para su masturbación personal. Si alguien quiere hacerse una paja, que se busque un vídeo porno en internet.

Sin poder evitarlo, froto los muslos el uno contra el otro, con fuerza, para acallar el eco sordo que reverbera en mi todavía húmedo sexo. He estado así desde el encuentro con él y, mal que me pese, no puedo dejar de pensar acerca de qué habría sucedido de no haber aparecido Alberto.

—¿No ha terminado aún su trabajo, señorita Vargas?

No necesito darme la vuelta para saber que se trata del hombre que va a poblar mis sueños húmedos esa noche y probablemente las restantes durante un buen puñado de días. El único culpable de mi insoportable estado de excitación.

Hago el ademán de levantarme del banco,

pero él se aproxima a mí con ese aire de gran depredador que me deja la garganta seca y la entrepierna aún más vergonzosamente empapada si cabe, así que me quedo donde estoy, paralizada como una estatua e incapaz de mover ni siquiera el músculo más diminuto de mi cuerpo.

Me fijo en los leves cambios que ha sufrido su aspecto desde que nos vimos horas antes según avanza hacia el lugar en el que estoy sentada. Luce un poco desaliñado, pero nada le resta un ápice de cruda sensualidad. Al revés, el hecho de que la pajarita haya desaparecido y que los botones abiertos de su camisa revelen un atisbo de ligero vello oscuro me encanta.

¿He dicho que me atraen los hombres de pelo en pecho? Pero no esos cuyas pelambreras les hacen parecer alfombras u osos esteparios —¡ugh! —, sino los que tienen la justa cantidad de vello que les da ese toque tan viril. Tan... macho. Así que nada de metrosexualidad y depilación masculina. Un hombre tiene que tener lo que tiene que tener. Punto. Pero cuidado, eso sí.

Sigo con la inspección y observo que lleva la

chaqueta desabotonada y las manos introducidas en los bolsillos del pantalón, cuya tela se tensa de una manera la mar de interesante en el frontal.

Ya, ya sé que no debería de fijarme en nada que esté más allá de la frontera delimitada por su cinturón, pero es inevitable. Las tierras salvajes del sur son demasiado atrayentes a la vista y yo no tengo la fuerza de voluntad suficiente como para no echarle una ojeadita a esa zona de su anatomía que pude sentir horas antes contra mi trasero; dura y demandante.

Alzo la mirada hacia terrenos menos comprometedores, como su rostro. Ahora el peinado está un poco revuelto, como si se hubiera pasado las manos por la cabeza repetidas veces, y la sonrisa canalla que luce en sus sugestivos labios me advierte de que lo de antes no fue una rendición, sino una retirada estratégica.

Las alarmas saltan y mi cerebro se ve repentinamente colapsado por el sonido de las sirenas y el resplandor de las luces rojas que anuncian que se aproxima una debacle, pero no puedo hacer caso de los avisos. El modo en que

me mira me tiene hipnotizada.

Dios mío, ¿dónde me estoy metiendo?

—Donde quieras, encanto.

¿He vuelto a hablar en voz alta? ¿Desde cuándo tengo tan poco autocontrol en lo tocante al filtro pensamiento-verbalización? Comienza a resultar bochornoso.

Me deslizo por el banco para dejarle espacio, creyendo que se va a sentar, pero él opta por quedarse de pie, justo delante de mí.

Soy consciente de que, si no levanto la mirada pronto, mis ojos quedarán prendidos a esa zona de su cuerpo que más me convendría extirpar de mis más oscuros pensamientos, así que alzo la barbilla con decisión y los clavo fijamente en los suyos.

—Estaba a punto de irme, tan sólo descansaba unos minutos —comento como quien habla del tiempo o del estado de las carreteras a la vez que señalo con un leve gesto de cabeza mis *Manolos*, que yacen tirados a un lado del banco—. Son preciosos y los adoro, pero me matan.

Se supone que ese es un tema de

conversación inofensivo, ¿no? El dolor de pies no es ni interesante ni sexy. A lo sumo podríamos intercambiar marcas de sales y otros productos para tales menesteres, si es que a él le sucede algo parecido con sus carísimos zapatos italianos — que lo dudo—, pero me doy cuenta de que he pecado de inocente cuando Berling resbala su mirada hacia mis magullados pies. Mirada que me hace sentir ridículamente desnuda a pesar de los metros de tela que envuelven mi cuerpo.

—Eso tiene solución, Dee.

De repente hinca la rodilla en el suelo y toma entre sus fuertes y varoniles manos mi pie derecho.

No lo vi venir, lo juro. Ni en el más delirante de mis sueños hubiera podido imaginar que el poderoso Gabriel Berling, el tipo más asquerosamente rico del país, con miles y miles de personas trabajando para él, haría precisamente eso.

—No es nec...

Intento recuperar mi pie, pero él no me lo permite. Entonces, sus dedos comienzan a hacer magia presionando en los puntos exactos y

relajando la tensión del arco. Y yo me derribo sobre el banco. Se siente tan bien, que pronto el dolor ya no es más que un vago recuerdo que ha sido reemplazado por el puro goce de la fricción que ejercen sus expertas manos. Y quiero más. Empiezo a albergar la necesidad de que sus masajes asciendan por mi pierna y alcancen la humedecida uve de mis muslos. Anhele su contacto allí. Me muero porque repita esos apretados círculos en mi clítoris, necesito que deslice sus dedos en mi sexo y me dé el orgasmo por el cual clama todo mi ser en ese instante.

Cambia de pie y, para cuando me quiero dar cuenta, estoy emitiendo quedos gemidos de placer. Es tan bueno, tan malditamente...

—Oh, por favor...

Quiero rogarle que no pare nunca. Quiero estar así toda la noche, sintiéndolo piel con piel, aunque solo sea en una zona tan ridícula del cuerpo como son los pies.

—Quieres algo, encanto —murmura con su voz grave y sexy—. Y es lo mismo que deseo yo, pero quiero escuchártelo decir. —Se moja los

labios y sonrío, sabedor de que tiene la mano ganadora—. Dímelo y te complaceré.

Sus caricias se tornan cada vez más sensuales.

—Yo... yo...

Deposita mis pies en el frío suelo y alza un poco la tela del vestido exponiendo mis tobillos a la vez que enlaza mi mirada con la suya. Me tiene donde quiere y lo sabe. Ambos lo sabemos y me doy cuenta de que si hay una última oportunidad para huir, es esa. Pero estoy demasiado cachonda como para pensar en nada más que en lo que él quiere hacerme.

—Dilo, Dee.

No encuentro la manera. En mi mente la imagen de lo que necesito de él es nítida, pero mis labios son incapaces de dar forma a las palabras.

Desliza los dedos con pereza por mis tobillos, sus palmas rozan la piel de las pantorrillas y tiemblo, irremisiblemente excitada. El ascenso es lento pero fluido, inmisericorde. Siento el calor de su tacto contra la curva de la corva y jadeo al tiempo que dejo caer hacia atrás

la cabeza con los ojos entornados. Entonces, sus dedos cambian de rumbo y empiezan a vagar por la cara interna de mis muslos, enviando ráfagas de electricidad al centro de mi sexo, que está tan caliente que casi lo puedo sentir en llamas.

Enredo los dedos en su pelo y lo obligo a elevar el rostro hacia el mío. Lo necesito cerca, necesito sus labios contra los míos, su lengua perdida en el interior de mi boca.

Nos besamos como si estuviéramos poseídos por algún espíritu de la lujuria al tiempo que sus manos acarician mis muslos sin parar, arriba y abajo. Es bueno, demasiado bueno. Todo él parece haber sido diseñado para enloquecer de placer a una mujer. Sus besos son como droga directamente inyectada en las venas. Apenas parece que va a terminar uno y siento la imperiosa necesidad de enlazarlo con el siguiente y con el siguiente y con el siguiente. No puedo tener suficiente de su resbaladiza lengua, de sus movimientos lascivos, de sus mordiscos. Siento que me arrastra con él hacia un lugar en el que no he estado antes, uno de fuego y oscuridad, de apetitos insaciables, de

fantasías que ya no tienes que susurrar *sotto voce* por miedo a que se desvanezcan en el aire. Un mundo en el que todo es posible, siempre y cuando lo recorras con él.

—¿Equilibrio? —me pregunta entre resuellos.

—Perfecto. —O eso creo.

—Bien.

Ras. Adiós Gucci.

Ni siquiera tengo tiempo para protestar. De repente me encuentro demasiado ocupada apoyando las manos en el banco para no caerme de espaldas al suelo mientras destroza el escueto trozo de tela que cubre mi pubis, desliza mi trasero hacia el borde y se zambulle entre mis muslos abiertos.

—Dios mío. ¡Dios mío!

Recorre mi sexo de punta a punta con la lengua, traza los carnosos labios vaginales, los succiona con glotonería, chupa mi clítoris con salvaje apetito antes de hundirse en mi resbaladiza vagina. Y vuelta a empezar. Al cabo de un rato sus dedos se unen al asalto y siento como dos de ellos

me penetran de golpe, cortándome la respiración y haciéndome respingar sobre el asiento.

—Agárrate, encanto —me advierte antes de colocar mis piernas sobre sus hombros.

Clavo los dedos en el banco, me afianzo como puedo y me recreo en la visión de Gabriel Berling entre mis muslos, perdido en mi anegado sexo. Y es una imagen tan increíblemente erótica que creo que no hay ninguna fotografía de Green que pueda hacerle sombra.

Me posee con rudeza, entregado a la sublime tarea de llevarme más allá de la razón. Las penetraciones son cada vez más rápidas, más duras, más profundas. Los mordiscos que propina a mi sensible brote me hacen gritar hasta quedarme casi sin voz, al igual que los latigazos de su lengua y la despiadada succión de su boca.

—Gabriel, por favor, Ga...

En ese momento tantea el prieto orificio de mi trasero con un nuevo dedo sin cesar de embestir en mi vagina con los otros y ya no puedo decir nada más. Mi mente se queda en blanco, mi cuerpo tiembla incontroladamente, mi respiración se

atasca, mi corazón parece que va a reventar en mi pecho. Y entonces estallo. Gabriel ha estado alimentando una bola de fuego dentro de mi sexo, una que ha crecido hasta tal punto que termina por expandirse por todo mi ser en una violenta ráfaga que arrasa con todo a su paso.

Ya no sé quién soy, dónde me encuentro. Sólo soy consciente del orgasmo que sacude cada fibra de mi cuerpo y del hombre que lame con languidez la humedad que me resbala por los muslos.

—Qué me has hecho —murmuro al tiempo que me dejo caer hacia atrás sin fuerzas, para ser sostenida al instante por unos fuertes brazos que me atraen hacia delante y me apoyan contra una sólida pared de músculos.

—Lo que queríamos, lo que necesitábamos.

—Era una pregunta retórica.

Ambos reímos.

De repente, siento la desnudez de mis piernas, recuerdo el sonido de la tela al desgarrarse y, con movimientos casi frenéticos, palpo el vestido y compruebo con horror que la parte inferior está completamente echada a perder.

¡Genial! Un montón de dólares tirados a la basura ¿por un revolcón? No, ni siquiera eso. Nada más que un poco de sexo oral y punto. Bueno, vale, un excelente sexo oral. Pero aún así... Joder, era un *Gucci*.

—¿Crees que puedes mantenerte sentada sin caer despatarrada al suelo durante digamos... un minuto?

Alzo una ceja y lo miro como si acabara de decir la mayor estupidez del mundo. ¡Por supuesto que soy capaz! ¿Qué se ha creído? Puede que me haya proporcionado un orgasmo que casi me conduce a la muerte por sexo, pero eso no quita que todavía sea capaz de controlar mi cuerpo. Gracias.

Se levanta y empieza a desembarazarse de la ropa a la velocidad de la luz ante mi estupefacción.

Espera un segundo, no pensará que yo puedo... No después de... ¿En serio? ¡Si me tiemblan hasta las pestañas! No es que no me resulte atractiva la idea de repetir pero... La cuestión es que nunca he sido la clase de mujer de

orgasmos múltiples, no sé si soy lo suficientemente clara, y no estoy muy segura de que esta vez vaya a ser diferente. Incluso aunque el sujeto en cuestión se trate del mismísimo Gabriel Berling, cuya fama como excelso amante le precede a lo largo y ancho de Manhattan, el Estado de Nueva York y todo Estados Unidos. Por no decir ya del mundo entero.

Ay, madre... Su ropa ha volado y ahora que lo veo en toda su gloriosa desnudez yo... No sé qué decir. Mis ojos han gozado de bastantes hombres en cueros —aunque no tantos como para merecer el calificativo de pendón desorejado—, pero ninguno tendría nada que hacer ante *este* hombre en particular.

¡Qué visión, señoras! Al verlo experimento unas ganas terribles de buscar una cámara de fotos y pasarme horas retratando ese portento de la naturaleza para luego lamer y besar cada parte inmortalizada. Porque si con ropa está que quita el hipo, sin ella... ¡Uff!

Con una mano apoyada en la cadera, levanta la otra y mueve el índice en un claro gesto de «ven aquí ahora mismo» al tiempo que sus ojos se

oscurecen y se moja los labios con la punta de la lengua.

No sé muy bien por qué, pero empiezo a sentirme como ese sacrificio pagano para el todopoderoso Berling acerca del cual bromeaba Alberto al inicio de la noche. Y tampoco tengo muy claro si eso me asusta o me pone irremisiblemente caliente.

Me levanto del banco, cubro los escasos tres pasos que nos separan y me fundo contra su cuerpo desnudo justo cuando él desciende su boca rapaz sobre la mía y la devora en un crudo beso que me magulla los sensibles e hinchados labios.

—No deja de tener su punto esto de follar en medio de una exposición acerca del erotismo, ¿no crees? —gruñe al poco rato contra mi cuello al tiempo que sus manos me desnudan con pericia—. Pienso empotrarte contra esa fotografía que parece gustarte tanto y hacértelo tan duro que, cuando te corras, temblarán hasta los cimientos de este jodido edificio.

El vestido cae a mis pies en un sensual murmullo de seda y nuestras pieles se encuentran

en un íntimo abrazo en el que boca, lengua y manos intentan abarcar todo lo que son capaces y más. Entonces, él me agarra por el trasero, me alza en el aire y encamina sus pasos hacia la pared de la cual pende esa foto que me tiene fascinada mientras yo enrosco mis piernas y brazos a su alrededor, sintiendo la solidez de su pene erecto contra mí.

Sé que no está bien lo que hago, pero no puedo evitarlo. Acallo la voz de Alberto en mi cabeza y me digo que un encuentro sexual casual con Berling no va a tener repercusiones. Malas, digo. O al menos eso espero, porque ni soy capaz de frenar esto ni tampoco me siento dueña de mis actos. Más bien soy como la arena de la playa que no puede evitar ser lamida por el mar una y otra vez, del mismo modo que ahora no puedo evitar desear tener sexo con él hasta que la noche dé paso al amanecer. Si es que logro salir viva del segundo asalto, claro.

Mi espalda se estrella contra la protegida y fría superficie de la fotografía al tiempo que nos volvemos a enredar en una serie de besos de lengua profunda que no parecen tener fin. Y, Dios,

lo deseo. ¡Lo deseo tanto! Mi cuerpo responde al suyo como si nos conociéramos de toda la vida, como si esa no fuera la primera vez que nos encontramos en una situación semejante; desnudos, excitados, dominados por nuestros más bajos instintos.

Gimo su nombre cuando entra en mí de una única y dura embestida, mis dedos incrustados en su espalda, mis muslos rodeando con fuerza sus caderas. Entonces, empieza a moverse en mi interior con penetraciones lentas al principio, sólo para luego dar rienda suelta al animal que lleva dentro e invadir mi sexo con toda la intensidad de su deseo y la envergadura de su erección.

—Joder, Dee —jadea cuando arqueo la espalda y ciño su miembro con fuerza con las resbaladizas paredes de mi vagina—. Tan ceñida... Me vuelves loco.

Busca mis pechos y lame mis pezones sin aflojar el ritmo ni un ápice mientras yo gimo y gimo y ondulo mis caderas como puedo para ir en busca de sus penetraciones.

Lo quiero más rudo, más profundo. Necesito

que me rompa en dos, que me colme con su implacable pene. Siento que no tengo suficiente de él, que preciso más. Más, más, ¡más!

Me muerde un pezón y le clavo las uñas en la espalda. Tira del pico hasta hacerme sisear de dolor y yo las deslizo con furia hasta su firme trasero, a sabiendas de que lo dejaré marcado. Y esa idea me gusta, me hace sentir poderosa. Mi marca en él. La suya en mí.

Sus caderas redoblan el ritmo y las mías salen a su encuentro respondiendo a cada una de sus salvajes embestidas. Nuestros cuerpos, recubiertos por una brillante pátina de sudor, resbalan el uno contra el otro, encontrándose con furia y llenando nuestros oídos con el chasquido de la carne contra la carne. Mis pezones, sensibles por los mordiscos, se frotan contra el vello de su torso.

Es una mezcla de placer y dolor, intenso y arrebatador, y necesito más de esta combinación. Necesito más de la brutal posesión de la que estoy siendo una víctima gozosa y entregada.

—Córrete —me ordena con un gruñido sin

parar de machacarme el clítoris—. Dame tu orgasmo, Dee. ¡Córrete!

No tiene que repetirlo. Mi cuerpo lo obedece y grito su nombre al tiempo que convulsiono alrededor de su erección, que palpita enterrada en lo más profundo de mi sexo mientras él sigue embistiendo hasta que finalmente se deja ir con un ronco gemido.

Después de eso todo se funde en negro. De hecho, creo que me he desmayado porque cuando vuelvo a abrir los ojos ambos estamos desmadejados en el suelo, frente a la maldita fotografía, sudorosos y resollando derrotados, como si acabáramos de finalizar la maratón de Nueva York.

—Joder, Dee.

Sonríó para mis adentros. Supongo que esa es su manera de decir que ha estado bien. Yo opino que ha sido sublime, pero prefiero no cebar su ya de por sí sobrealimentado ego.

En vez de hablar, me evado en las sensaciones que invaden mi cuerpo; en la maravillosa flojedad de los músculos, el loco

estrellarse de mi corazón contra la caja torácica, las frescas bocanadas de aire que llenan mis pulmones, la piel enfriándose paulatinamente, los últimos temblores del orgasmo, su semen deslizándose por mis muslos...

¡Mierda! ¡Su semen!

Me incorporo de golpe y miro a Gabriel aterrorizada. ¡Qué temerario por nuestra parte el tener sexo sin protección! No es que tenga miedo a un embarazo indeseado, puesto que tomo la píldora desde hace años por problemas ginecológicos, pero no tengo ni la más remota idea de cuán sano está él.

—Por lo que más quieras —le ruego con tono preocupado—, dime que estás más limpio que una patena.

Él no ha movido ni un dedo desde que hemos terminado en el suelo, pero en ese momento levanta la cabeza como si le pesara un quintal, la gira en mi dirección y me mira con expresión aturdida.

—¿Eh?

—¡No usaste condón!

Vuelve a dejarla caer contra el suelo y gime.

—Lo siento —se frota la frente y me mira de reojo—, nunca soy tan despistado.

¿Nunca? Por favor, que no me diga ahora que soy la única que ostenta el dudoso honor de haberlo hecho a pelo con él, porque en estos momentos no me siento muy contenta de sentir su puñetero semen resbalando por mis piernas.

—Tranquila, encanto, estoy limpio.

Se tapa el rostro con el brazo y respira hondo antes de preguntarme si él debería de preocuparse por la posibilidad de recibir alguna sorpresa en nueve meses. Le digo que no y volvemos a quedarnos en silencio.

—No volverá a pasar —me asegura a los pocos minutos a la vez que me toma de la mano y me arrastra hacia él—. Puedo demostrártelo ahora mismo —asegura con cierto aire de suficiencia tras acomodarme sobre su torso—, si es que necesitas pruebas fehacientes.

¿Otro orgasmo? Me siento demasiado agotada como para volver a intentarlo de nuevo. Llevo en pie desde las cinco de la mañana y todavía no sé

cómo he sido capaz de no quedarme dormida allí mismo, en el frío suelo de la galería.

—Tentador, pero no, gracias.

—Creo que puedo hacerte cambiar de opinión.

—Engreído.

Unos cuarenta minutos más tarde me encuentro de espaldas en el suelo, con una pierna sobre su hombro y la otra enroscada a su trasero mientras me penetra con tanto ímpetu que nos deslizamos sobre el suelo de la sala con cada una de sus embestidas.

Este hombre se ha propuesto aniquilarme a base de sexo. Tiene que ser eso, porque ya me ha llevado a un rápido y fulminante tercer orgasmo y ahora se está tomando su tiempo en hacerme llegar al cuarto cuando él todavía no se ha corrido por segunda vez.

Me pregunto si es humano, porque su apetito y entusiasmo no parecen conocer límites. Y, oye, no es que me queje. De hecho, estoy demasiado sorprendida de la respuesta de mi cuerpo como para poder pensar en nada más que en ese nuevo

clímax que Gabriel está construyendo con cada nuevo y profundo deslizamiento de su pene en mi sensibilizada vagina, con cada toque de sus dedos en mi clítoris.

Jadeo y me retuerzo bajo sus demandantes acometidas mientras me aferro a su espalda y trasero, que a estas alturas ya tiene alguna que otra media luna de mis uñas impresa en él. Ronroneo cuando me lame y mordisquea el cuello; gimo cuando pellizca mis excitados pezones y luego los engulle, haciéndolos rodar contra el velo del paladar hasta convertirlos en brillantes y rojizas puntas.

Alzo los párpados y veo la fiera determinación en sus ojos, la cruda expresión de su rostro al tiempo que me posee hasta la médula, y entonces colapso. Me combo debajo de él y grito silenciosamente.

—Exquisita —gruñe contra mi boca entreabierta después de alcanzar su propia liberación.

Me quedo inmóvil, con la mirada perdida en el techo mientras él se derrumba sobre mi cuerpo y

entonces me doy cuenta de un pequeño detalle que he pasado por alto en el fragor de nuestros anteriores asaltos sexuales.

—¡Las cámaras!

—¿Qué cámaras?

Se pone en pie como si le hubieran acoplado un resorte y mira a un lado y a otro de la sala.

—Esas cámaras —le respondo a la vez que señalo el sofisticado sistema de seguridad que hay adosado a los techos de cada sala de la galería—. Dios mío, acabamos de proporcionarle sexo en vivo y en directo a quien sea que se encarga de...

Para mi consternación, Gabriel se echa a reír y yo no sé si pegarle un puntapié en la espinilla o agarrar el vestido y salir de allí pitando. Pero al final no hago ni una cosa ni la otra. Me levanto malhumorada con la idea de soltarle un discursito acerca de lo poco apropiado que es que se carcajee de algo así cuando él me frena antes de que pueda decir nada y me asegura que están desactivadas. Al menos las de esa sala.

—Shhh...

Me envuelve con sus brazos y hunde el rostro

en mi inexistente recogido, ahogando la risa en lo que su fogosidad ha convertido en un amasijo de ondas medio desechas.

—Tranquilízate.

—No tiene gracia —refunfuño—. ¡Para de reírte!

—Oh, qué poco sentido del humor tienes, encanto.

Me revuelvo y me deja ir. En este momento estoy demasiado alterada como para que me toque.

Camino hacia donde yace mi vestido, olvidado en el suelo en un charco de seda negra, y me inclino para recogerlo con toda la intención de vestirme, llamar un taxi y regresar a mi apartamento lo antes posible.

—En cierto modo, fue una lástima el haber apagado el sistema de esta sala —murmura como si hablara consigo mismo al tiempo que se pone unos ajustados bóxer que se ciñen a su prieto culo de un modo que debería de estar prohibido—. Me habría encantado tener esa grabación.

Capítulo 5

Observo el exterior a través de la gran puerta de cristal y acero de la entrada de la galería. La ciudad nunca duerme, pero esta noche parece un poco aletargada bajo la espesa capa blanca que cubre sus calles. La misma nieve que todavía cae con etérea fragilidad sobre el asfalto, las aceras, los coches aparcados, las farolas encendidas y los altos tejados de los edificios que nos rodean.

Unos brazos fuertes rodean mi cintura desde atrás y me empujan contra el confortable calor de un cuerpo que sé que no volveré a ver en su memorable desnudez, bajo cuyo hechizo no volveré a caer presa, contra el que no me abandonaré de nuevo entre gritos de éxtasis.

Me recuerdo con pesar de que Gabriel Berling es una fantasía de la cual gozas una vez para luego vivir con el recuerdo el resto de tu vida. Me lo repito una y otra vez mientras él hace rodar sus labios por la columna de mi cuello y recoge el sabor de mi piel con la punta de la lengua. Mientras me digo que debería de largarme

de una vez por todas antes de cometer la insensatez de caer en la tentación de pedirle un nuevo encuentro. Porque tan sólo soy el polvo de una noche de invierno para él. La mujer que sedujo en su fiesta de navidad porque le apetecía, porque podía. No porque tuviera un interés real en mí más allá de un aquí te pillo, aquí te mato.

Me pego una patada en el culo mentalmente. ¿Por qué me molesta que para él no sea nada más que el equivalente a rascarse la picazón? ¿Qué ha sido de mis discursos de fémmina del siglo veintiuno, liberada e independiente, que toma lo que quiere, cuando quiere —tal y como hacen los hombres— sin arrepentirse o sentir vergüenza por ello? ¿Qué me ha hecho este hombre para que sienta que una noche no es bastante, que son necesarias muchas más para aplacar esta imperiosa ansia que ha despertado en mí?

Sus manos abandonan mi cintura. La derecha resbala hacia el montículo de mi sexo a la vez que con la palma de la izquierda acuna un seno con posesividad.

—¿De verdad no quieres que te lleve en mi

coche? —me vuelve a preguntar por segunda vez, mordisqueándome el lóbulo de la oreja—. Última oportunidad de aceptar mi oferta. ¿La tomas o la dejas?

Sé que no volverá a repetir el ofrecimiento. De hecho, me extraña que lo haya puesto sobre la mesa una segunda vez, pero me obligo a ser fuerte y mantenerme en mis quince a pesar de que me gustaría decir que sí y dedicarnos a meternos mano durante todo el trayecto como si fuéramos una pareja que regresa del baile de promoción. Pero sé que es un nuevo error que no me puedo permitir. Bastante la he fastidiado ya teniendo sexo con el hombre que va a firmar el cheque que pagará tan opulenta fiesta, el mismo que tal vez se replanteará el volver a contratarnos después de haber comprobado mi débil ética profesional al haber sucumbido a él con tanta facilidad.

«Si se entera Alberto, me mata».

Me doy la vuelta entre sus brazos y lo enfrento cara a cara con la idea de decirle que no lo he hecho como moneda de cambio, que no he tenido sexo con él para ganarme un nuevo contrato,

pero las palabras no salen de mis labios sino que se quedan atascadas en la garganta.

—¿Qué pasa? —Pone los dedos bajo mi barbilla y la levanta hasta que nuestras miradas se encuentran—. Ya te dije que apagué las cámaras antes de ir en tu busca la segunda vez, no tienes por qué preocuparte de eso. —Sonríe con picardía—. No habrá pruebas de nuestro pequeño interludio en el banco, ni del polvo contra esa fotografía, ni de...

Lo silencio apoyando las puntas de los dedos sobre sus labios y él las lame con lascivia.

—No es... —Me retiro hacia atrás, eludiendo su contacto, y apoyo la frente contra el frío cristal a la vez que me abrazo a mí misma—. Da igual.

Se coloca a mi lado, con las manos en los bolsillos, y ambos observamos en silencio el lento caer de los copos de nieve.

Las navidades están a la vuelta de la esquina y no tengo ningún plan interesante en mente. He recibido invitaciones a varias fiestas, sí, pero de unos años para aquí siento que ya nada es tan divertido como lo era antes. Tal vez me quede en

casa, tumbada en el sofá y engalanada con mi nada sexy pijama invernal con estampado de renos, mis calcetines rojos extra gruesos y el cabello recogido en lo alto de mi cabeza en un moño deshilachado mientras veo *¡Qué bello es vivir!* por millonésima vez en algún canal de pago y ahogo mi soledad en chocolate caliente y galletas de jengibre.

Un impresionante coche de gama alta estaciona delante de la galería y sé que mi tiempo con Berling ha llegado a su fin. Me enderezo como una chica valiente, lo miro y me derrito bajo el intenso escrutinio de sus ojos de ónix. El momento de decir adiós flota sobre nuestras cabezas al igual que la nieve sobre Manhattan y me digo que no puede ser tan difícil hacerlo. Tan sólo tengo que despedirme, esperar a que llegue mi taxi y regresar a mi solitario, pequeño apartamento en West End Avenue.

—Ha sido un pl...

No me deja terminar la frase. Su boca se abalanza sobre la mía con arrebatado ardor y me fundo contra la dura extensión de su cuerpo.

No sé cuánto dura el beso, sólo sé que cuando nuestros labios se separan tengo que tomar una profunda bocanada de aire porque siento que me voy a caer redonda al suelo por falta de oxígeno. La cabeza me da vueltas como si hubiera bebido un par de cócteles Cosmopolitan de más y siento los pies tan ligeros que creo que podría salir de allí flotando.

Sale de la galería y se mete en el coche sin decir adiós.

Estoy tan abrumada que no soy capaz de moverme del sitio.

Capítulo 6

Mike, el siempre sonriente portero del turno de noche del bloque de apartamentos en el que vivo, me sostiene la puerta mientras entro en el hall del edificio con cara de patente cansancio.

Lo que debería de haber sido un tranquilo viajecito de regreso a casa se convirtió en todo lo contrario cuando dos coches colisionaron a seis manzanas de mi apartamento, colapsando la calle. De repente, sin comerlo ni beberlo, estaba atrapada en medio de un pandemónium de policías, bomberos y sanitarios, luces y sirenas, ordenes emitidas a voz en grito y algún que otro transeúnte curioso.

Para cuando el taxista logró salir de aquel caos y me dejó en la puerta del 505 de West End Avenue, yo estaba medio desesperada por llegar a la cama y a un tris de quedarme dormida hasta de pie.

—Buenas noches, señorita Vargas.

—Buenas noches —se me escapa sin querer un bostezo—, Mike. —Se me suben los colores a

las mejillas. Me siento avergonzada, pero la verdad es que no me ha dado tiempo a poner la mano delante de la boca—. Oh, Dios, lo siento.

—No se preocupe.

Me sonrío comprensivo y he de decir que es una sonrisa preciosa, de anuncio publicitario.

—Se la ve muy cansada, pero aún así está tan bonita como siempre.

Me encanta este hombre, en serio. Es encantador. Da igual que vayas hecha unos zorros, siempre tiene algo dulce que decirte. Sus dosis extra de autoestima son impagables.

—Muchas gracias, Mike. —Los copos de nieve empiezan a derretirse sobre mi cabello y el abrigo, pero no puedo seguir mi camino hacia el ascensor sin preguntarle antes por su hijita—. ¿Cómo está tu adorable bebé?

—Oh, muy bien, señorita Vargas. —Su sonrisa se ensancha hasta lo imposible cada vez que habla de las dos mujeres de su vida; su esposa y la reciente adhesión a su pequeña familia, Clare—. Apenas tose ya.

—Cuánto me alegro.

Lo digo de corazón. A las personas como él no deberían de ocurrirles cosas malas. Son la sal de la tierra. Gente de ley, buena hasta decir basta, trabajadora y leal. De la clase que siempre está dispuesta a echar una mano al prójimo en cualquier momento, sin esperar nada a cambio. Sólo por el mero placer de hacerlo.

—Nos vemos mañana. —Siento los párpados tan pesados que creo que se me van a cerrar de un momento a otro—. Que tengas una buena noche.

—Lo mismo digo.

Apenas camino un par de metros en dirección al ascensor cuando Mike reclama mi atención desde la portería para comunicarme que acaba de llegar un paquete para mí hará cosa de diez minutos.

Me quedo parada en mitad del hall, con una expresión de puro desconcierto en el rostro. ¿Un paquete? ¿A estas horas? ¡Imposible! Le pregunto si será una equivocación y me asegura que no, que venía a mi nombre y que el tipo que lo traía tenía órdenes muy precisas de depositarlo únicamente en mi apartamento.

—Se puso tan pesado que no me quedó más remedio que claudicar. ¡No vea que humos se gastaba el sujeto!

Su voz suena a sincera disculpa. Por norma, salvo que se les comunique lo contrario, los porteros no pueden permitir que los repartidores suban los paquetes a los domicilios cuando el inquilino no está.

—No pasa nada, Mike. De verdad.

Entro en el ascensor casi tambaleante y pulso el botón del piso en el que se encuentra mi apartamento. Estoy tan agotada que voy con el piloto automático puesto. Lo más seguro es que caiga rendida sobre el colchón con la ropa puesta. Total, el vestido ya está arruinado.

No sé cómo llego hasta la puerta desde el ascensor. Realmente debo de estar con un pie y medio en el mundo de los sueños, porque apenas soy consciente de mis movimientos. Salvo cuando saco las llaves del mini bolso y trato de atinar con ellas en el maldito agujerito de la cerradura. Entonces espabilo un poco, pero aún así no logro acertar hasta la cuarta intentona.

Nada más cerrar la puerta tras de mí, enfilo el pasillo con la firme idea de ir directa al dormitorio, pero termino chocando de bruces con un enorme paquete que está apoyado contra el mueble del recibidor. Parpadeo sorprendida ante el considerable tamaño y busco el nombre del remitente por todos lados con nulos resultados.

Haciendo caso de la advertencia de «Fragil» que está estampada en el paquete en grandes letras rojas, lo tumbo sobre el suelo con mucho cuidado, me arrodillo y rasgo el papel de estraza para luego destrozar la caja sin ninguna misericordia.

—¡Ay... Dios... mío! —musito nada más apartar a un lado el relleno de protección y ver de lo que se trata.

No me lo puedo creer. Tengo ante mis ojos una enorme fotografía del genial Thomas Green. Y no una cualquiera, sino la misma contra la que Berling y yo...

La coloco contra el mueble no sin cierta dificultad y la miro con cara de tonta mientras siento como las piernas me tiemblan incontroladamente. Entonces, me apoyo en la

pared de enfrente y observo el inesperado regalo hasta que algo llama mi atención; allí, en la esquina superior izquierda y pegada al finísimo cristal, en el que juraría que todavía quedan marcas de nuestro sudoroso encuentro, hay una nota pegada con cinta adhesiva.

—Dee —leo en voz alta.

Tres simples letras escritas con trazos firmes y una caligrafía claramente masculina.

Extiendo la mano, arranco la nota y la aprieto contra mi pecho, que parece que se va a desbordar por encima del ajustado escote del vestido de un momento para otro de tan agitada que es mi respiración.

«Léela, vamos. ¿A qué estás esperando?».

Lo hago. Desdoblo el papel en el que está escrita, deslizo la mirada por ella y me quedo sin respiración.

Cuelga la fotografía en tu dormitorio, enfrente de tu cama, y piensa en mí cada

vez que te acaricies.

Hazlo hasta que yo pueda hacerlo por ti y recuerda esto: cada uno de esos orgasmos es mío. Sólo mío.

Gabe

Table of Contents

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)